

## ¿La música de jazz en el ocaso?

Presentamos, a continuación, lo escrito por el Sr. Blanco Tobío desde Norteamérica, y publicado en las páginas de "La Prensa" de Barcelona. Cabe hacer resaltar, que según el articulista, lo escrito se fundamenta en unas declaraciones hechas a la prensa por el "trompetista" John "Dizzy" Gillespie, el más famoso de la farsa "bop".

¿Que el Sr. Blanco Tobío ha escrito de buena fe, cumpliendo con su trabajo? No lo dudemos. Pero es que a través de su buena fe, se percibe su desconocimiento de la materia. En primer lugar, porque es falso que actualmente el Jazz esté "muriedo". Mientras vivan hombres como Armstrong, Ellington, Basie, Hampton, Hawkins, Hodges, etc. el Jazz no puede morir. Cuando hayan desaparecido éstos, y una enorme gene-

ración que les sigue, y posiblemente otra y otra y otra, luego... luego verán.

¿Que todo está escrito con la mejor de las intenciones? De acuerdo. Pero es elemental saber que por una vez que Hampton ha actuado en Madrid, lo ha hecho tres en Barcelona. Y por tanto, cuando se cita de una nación los focos o centros donde tiene más vida el Jazz, hay que hacerlo, por lo menos, con conocimiento de causa.

En resumen, que bien está se escriba sobre el Jazz en los periódicos, pero que se haga con conocimiento de causa, pues mal iríamos si, en general, se trataran los asuntos, los que sean, de forma tan superficial y desconocida.

Juzgue el lector al leer lo que sigue:

### La música de «jazz» está en el ocaso en Norteamérica

En cambio en Europa tiene hoy multitudes de entusiasmados oyentes

(Crónica de nuestro corresponsal en Nueva York, Blanco Tobío)

NUEVA YORK — Título sorprendente el de esta crónica, ¿verdad? Pues es cierto: la música de «jazz», que llevaba camino de convertirse en la música popular norteamericana, está en el ocaso, por no decir que se ha muerto ya, o que tiene los días contados. Debo confesar que para mí ha sido una sorpresa y me ha extrañado mucho la poca publicidad que ha tenido esta agonía o esta defunción, siendo tan notorias como son. Como tantas otras cosas que ocurren en este país, el «jazz» ha sido olvidado ya antes de morir, y por eso no ha tenido un entierro aparatoso.

Según nos cuenta uno de los reyes del «jazz», Dizzy Gillespie, hace poco le preguntó a un joven si sabía quién era Louis Armstrong. El joven le contestó que ese nombre lo relacionaba con una firma de caucho.

Hace sólo diez años semejante respuesta habría sido imposible, porque para la juventud de entonces nombres como los de Armstrong, Goodman, Ellington, etc., eran casi religiosamente venerados. Hoy sólo los «vie-

jos» los recuerdan con nostalgia.

La televisión americana ha lanzado nuevos nombres y nueva música, pero ni los unos ni la otra tienen nada que ver con el «jazz». Hoy padecemos el «Rock and Roll» y «Calypso», y cantantes como Ernie Tennessee, con sus «spirituals» negros del Sur, y Elvis Presley, con su guitarra eléctrica y su «pelvis», y Belafonte, con su «calypso», y tenemos orquestas como la de Lawrence Welk o Spike Jones, y solistas como Liberace. Pero, repetimos, nada de esto tiene que ver con el «jazz». Más bien se trata de todo lo contrario: de música sentimentaloides, para pequeños gustos burgueses, o de música epiléptica, que sólo busca excitación. En el fondo ramplonería a todo pasto, sin carácter y seguramente sin porvenir.

A partir del año 20, la calle 52 de Nueva York se convirtió en la caja de resonancia de la música de «jazz». Fue, para los amantes de esta música, lo que Salzburgo para los mozartianos, o Baireuth para los wagnerianos. Había entonces en esta calle

infinidad de bares, music-halls y lugares de expansión, de los que cada noche salía una creación y una revelación. Fue en esta calle 52 donde se instaló el Olimpo de los dioses del «jazz», y desde ella se exportaba «jazz» para toda América y para el mundo entero. Las noches de la calle 52 vibraban con sus clarinazos violentos, pero en el fondo llenos de melancolía, y con la voz confidencial y sorda del saxofón y con las canciones de algún negro de Nueva Orleans. En esta música, podéis creerme, estaba toda el alma de Nueva York, que se expresaba a sí misma como es, estridente, melancólica, desesperada y trágica; fue la música que escuchó Gershwin, la que él compuso después, y sin la que es imposible comprender a Nueva York, un gigante lleno de soledad y de tristeza.

Yo he entrevistado esta alma de Nueva York, la que está en la «Rapsodia en azul», desfilando detrás de las ventanillas del «Elevado», de noche, cuando arden al fondo de las calles grandes hogueras de neón, cuando grandes serpientes de automóviles avanzan lentamente, arrastrando los neumáticos, oyéndose la algarabía de los claxons y el clamor de los vendedores de periódicos, y el rumor de multitudes que se aprietan y nunca paran y

Pasa a la página 6



Dizzy Gillespie